

**Diciembre 17, 2001**

## **VIAJES: EL ENCANTO DE LO EXTERNO**

**Por Agustín Saavedra Weise**

Un historiador de los años de la era Kennedy en Estados Unidos habló alguna vez del “encanto de lo externo”, para referirse a ello como el campo natural de “escapismo” de problemas domésticos para los presidentes de turno.

Y la verdad que el viajar es agradable y tiene sus ribetes escapistas. Salvo la desgracia de un asalto o un accidente, todo aquel que viaja la pasa bien. Desde un simple turista hasta un presidente, todos disfrutamos de los viajes, al margen de que ciertamente también pueden ser muy útiles para arreglar asuntos pendientes, concertar negocios nuevos, planificar el futuro, etc. Obviamente, el balance de un viaje siempre es positivo por las razones aludidas. El problema radica en el retorno, cuando se vuelve a la realidad concreta.

Cuando el feliz viajero regresa, es ahí donde se le acaba la ilusión. Hay que enfrentarse con los problemas de la casa, con deudas pendientes, hijos con diversos pedidos y exigencias, en fin, con todo el conjunto de responsabilidades hogareñas que por un lapso de tiempo las dejamos fuera de nuestra mente mientras estábamos en el exterior. A todos nosotros nos ha ocurrido –y ocurre– algo como lo planteado. Los que pueden, resuelven sus problemas, los que no, deberán lidiar con ellos o –si la suerte les sonríe– se mandan otro viajecito y vuelven a postergar las cosas hasta el próximo retorno...

Los presidentes –en cualquier parte del mundo– no son inmunes a esta situación. Al margen de las frecuentes “cumbres” y de la necesidad de viajar para construir los mecanismos de política exterior y consolidar aspectos sin duda importantes para un país, es un hecho que los viajes son tentadores y atractivos. Además, los hacen olvidar por un tiempo los dramas internos del país bajo su mando y de paso sienten que están haciendo algo positivo para el porvenir nacional.

Repito: al viajero siempre lo tratan bien (máxime si es presidente) y lo halagan. El problema es en la casa, donde se sienten a veces “injustamente” criticados o “incomprendidos”. Pero la realidad es la realidad, como decía Juan Perón y a ella hay que ceñirse. Terminado un viaje, por muy exitoso que haya sido para el presente y futuro de la familia o del país, al volver no hay otra que enfrentarse con la casa y sus problemas. A esas

tareas internas hay que abocarse y dedicarse, salvo que se vuelva a tener el escapismo de otro viaje y dejar así indefinidamente las cosas sin solución mientras la casa (el país) se cae a pedazos, los hijos se pelean entre sí o suceden otras calamidades domésticas.

Moraleja: el encanto de los viajes no debe suplir la necesidad impostergable –para simples ciudadanos y mandatarios– de quedarse en casa y sortear las dificultades, salvo que se las retrase hasta enfrentar un volcán de consecuencias incalculables.

Cualquier parecido con temas puntuales de nuestro diario vivir en Bolivia, ciertamente no es mera coincidencia...

-----0000-----